

Esperanza más allá de las lágrimas

La Comunión Mundial de Iglesias Reformadas se reunió para celebrar su 27ª Asamblea General del 14 al 23 de Octubre de 2025, en Chiang Mai, Tailandia, la segunda desde la Asamblea General de Unificación de 2010. Nuestro encuentro fue un recordatorio de la novedad de este organismo, incluso cuando estamos celebrando 150 años de existencia e historia. La celebración fue alegre; fue una celebración del pasado, de los logros conseguidos, de un Dios que está presente y obrando entre nosotros y nosotras.

Agradecemos a las personas que nos reciben en la Iglesia de Cristo en Tailandia. Su perseverancia en la fe y su testimonio activo son un ejemplo y una verdadera fuente de inspiración para toda nuestra comunión. Agradecemos su hospitalidad y les tendremos en cuenta en nuestras oraciones.

Escuchamos cómo lo que parecía imposible se volvió posible. Recordamos a quienes dieron visión a lo que ahora entendemos como Comunión Mundial de Iglesias Reformadas. Celebramos a quienes escucharon la voz del Espíritu Santo y desafiaron las normas sociales para ofrecer hospitalidad y acoger a todo el pueblo de Dios. Vieron las necesidades del mundo a su alrededor y se convirtieron en co-creadores y co-creadoras con Dios creando algo nuevo, y vieron cómo brotaba (Isaías 43:18).

La yuxtaposición de este testimonio histórico de 150 años y la novedad de la CMIR a sus 15 años crea un espacio para recordar los hitos históricos a lo largo del camino, la perseverancia de quienes nos precedieron y los desafíos superados. Es también un espacio donde las lecciones del pasado nos informan sobre el futuro que tenemos por delante, mientras una vez más respondemos juntos y juntas al llamado de seguir a Jesucristo y buscar la justicia.

El clamor de nuestros antepasados nos inspira a avanzar hacia un futuro que Dios creará *para* y *con* nosotros y nosotras (Romanos 4:17).

Llorando por generaciones

«... *estamos rodeados de una nube tan grande de testigos...*». (Hebreos 12:1)

El llanto a lo largo de las generaciones ha sido tanto de lágrimas de celebración como de lágrimas de desesperación. Lágrimas que acompañaron el testimonio de un mundo creado por Dios y que no siempre recibe amor y cuidado de la humanidad. Lágrimas de alegría al ver a un Dios presente que obra en lo mejor del espíritu humano, y al ver una iglesia que está viva porque “amamos al prójimo como a nosotros mismos” (Marcos 12:31).

El clamor de la familia reformada expresado en la Confesión de Accra sigue con nosotros. El clamor por la justicia y la paz, el clamor por la libertad y el cambio.

Reconocemos que en nuestra historia hemos sido cómplices de acciones que causaron sufrimiento a personas y comunidades, como la persecución de los anabautistas. Confesamos que tal persecución es una traición al Evangelio.

Conmemoramos los 1700 años del Credo de Nicea y recibimos con gratitud este esfuerzo por establecer una base teológica sobre la que construir el mandato de la unidad cristiana (Juan 17), clamando por la unidad de la iglesia, el cuerpo de Cristo que es y será. Somos diversidad, un tapiz del diseño de Dios que refleja la comunidad global.

Somos hermanos y hermanas de diferentes países y comunidades, y traemos con nosotros y nosotras las realidades de los lugares que nos han moldeado y formado. En nuestra diversidad hay diferencias que deben celebrarse, pero que a veces se experimentan como obstáculos que hay que superar o retos que hay que ignorar. Celebramos nuestra diversidad, con lágrimas de profunda gratitud y alegría por las muchas personas que aún luchan por participar plenamente entre nosotros y nosotras.

Celebramos a los y las jóvenes y la sabiduría que aportan. Su clamor es nuestro clamor, sus corazones anhelan más de lo que entendemos y aceptamos. Escuchamos y ahora, juntos y juntas, forjamos caminos para escribir una nueva visión para la iglesia, para nuestro testimonio en el mundo y para quienes están por venir. Celebramos con alegría a los y las jóvenes que están entre nosotros/as.

Agradecemos a las mujeres que aportan dones de liderazgo y conexión con Dios de maneras significativas. El suyo es un testimonio firme, un compromiso de estar presentes ofreciendo lo que tienen, incluso cuando no son enteramente aceptadas en la vida de la iglesia y en esta comunión. Celebramos con alegría a las mujeres que están entre nosotros/as.

Damos la bienvenida a los hermanos y hermanas con discapacidades y nos regocijamos por su presencia y participación. Vivimos en comunión cuando recibimos a todas las personas que están hechas a imagen y semejanza de lo Divino. Nuestros hermanos y hermanas con discapacidades nos recuerdan que Dios está presente y se hace visible en y a través de todas las personas. Celebramos con alegría a las personas con discapacidades que siguen desafiando y enriqueciendo nuestras vidas.

Caminamos con nuestros hermanos y hermanas indígenas, conscientes de las atrocidades históricas y de la negación de su humanidad. Celebramos con alegría su conexión con la tierra, con el campo, con los ríos y los mares. Seguimos desafiando el colonialismo, el robo de los bienes naturales, la devastación de la tierra y los pueblos. Seguimos aprendiendo de su sabiduría. Nos comprometemos a solidarizarnos con ellos y ellas en su resistencia y resiliencia.

Damos gracias a Dios porque en esta Asamblea General encontramos puntos en común y perdón mutuo con el Congreso Mundial Menonita para caminar en conjunto y unir fuerzas en acciones por la justicia, la paz y la integridad de la creación.

Somos el cuerpo de Cristo. Celebramos todo lo que somos, como representaciones del amor y la misericordia de Dios. A través de la proclamación del Evangelio a todas las personas (pobres y ricos) y de nuestras acciones, damos testimonio de este amor y misericordia.

Confesando nuestras preocupaciones

«despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia» (Hebreos 12:1)

La realidad del mundo desafía las intenciones de un Dios de amor y compasión. Las heridas son evidentes en las personas y en la comunidad, heridas creadas por el malestar presente en el mundo. Confesamos que no estamos tan atentos y atentas como deberíamos a las personas necesitadas que nos rodean.

Las personas pobres empobrecen cada vez más. El legado y la presencia del Imperio son aún más evidentes en estos días en que la riqueza del mundo está en manos de unos pocos.

La búsqueda de la justicia está siempre presente, y las preocupaciones se multiplican a un ritmo que desafía nuestra capacidad de respuesta. Identificamos el agotamiento por la compasión como un desafío a nuestro deseo de servir a Dios. Nuestra capacidad para atender a las personas necesitadas requiere que caminemos juntos y juntas, trabajando en unidad para lograr un mundo justo para todos y todas.

El llamado a amar a nuestro prójimo como a nosotras y nosotros mismos es un llamado incondicional. Sin embargo, navegar por un mundo con múltiples tradiciones religiosas no es fácil. En muchos lugares, buscar la justicia en nuestras comunidades requiere trabajar con nuestros hermanos y hermanas de otras tradiciones religiosas, que también expresan el amor de Dios en el mundo.

Mientras atendemos las necesidades del mundo, también tenemos claro que hay que prestar atención a la comunión.

No todos los y las miembros de la Comunión estuvieron presentes y notamos su ausencia. Reflexionamos sobre por qué algunas personas no participan de manera constante, por qué otras no se presentan, y queremos encontrar formas de garantizar que todos y todas puedan participar en la comunión.

Necesitamos a los hermanos y hermanas ausentes y sus voces si queremos ser receptivos/as y vivir plenamente en comunión, con oportunidades para escucharnos, para aprender y para crecer juntos y juntas. Amar al prójimo también significa dar la bienvenida a la mesa a todas las personas, para partir el pan y ser el cuerpo de Cristo.

Llamados a vivir en comunión

«y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante» (Hebreos 12:1)

Al mirar atrás, miramos hacia adelante. Las personas reformadas que nos precedieron se comprometieron con Dios y entre sí. Nosotros y nosotras también debemos considerar los compromisos que debemos asumir con Dios y entre nosotros y nosotras, para vivir como una comunión, un lugar de unión, encuentro y comunidad, en “un momento como este” (Ester 4:14).

Estar juntos y juntas es una prioridad. Reunirnos fortalecerá nuestra capacidad de conocernos mientras disfrutamos de conversaciones que fortalecen nuestra fe y transforman nuestras vidas. Nuestras conversaciones deben ser abiertas, con voluntad de saber más sobre las personas con quienes compartimos nuestra comunión.

Este tiempo de incertidumbre en el mundo es un llamado a la unidad y la diversidad en la iglesia. Nuestra diversidad es un don, aprender unos/as de otros/as requerirá dejar de lado los prejuicios y las ideas preconcebidas sobre los demás, al encontrar a Dios presente en las personas con quienes nos relacionamos. Los contextos de los que venimos son importantes, ya que nuestras dinámicas culturales nos moldean y nos forman como personas de fe. Las expectativas de uniformidad niegan la plenitud de lo que somos en nuestra diversidad.

Ser una comunidad significa estar juntos y juntas, buscar la justicia y vivir la abundancia del Espíritu Santo. Cuidarnos espiritualmente nos asegurará tener lo que necesitamos para vivir en este tiempo. Solo podemos transformar a medida que somos transformados y transformadas.

La CMIR cree que la fe cristiana significa responder al llamado de Dios para promover la justicia y satisfacer las necesidades espirituales de todas las personas en la transformación del mundo, a través del amor de Jesucristo.

Nuestro deseo de ver un cambio en el mundo debe provenir de nuestra conexión con Dios y de vivir según el Espíritu.

Estar juntos y juntas en comunidad nos proporciona la capacidad de profundizar en nuestra espiritualidad. Este llamado a la renovación es un llamado para estos tiempos en los que hay demasiado que hacer. Buscar la profundidad del espíritu es el combustible necesario para responder al llamado a hacer justicia. Nuestro amor por Dios nos lleva a practicar el cuidado espiritual, que incluye la oración por el cuerpo de Cristo.

Continuar con valentía

«*Fijemos la mirada en Jesús*» (Hebreos 12:2)

El llamado al testimonio profético es uno que requiere valentía. Somos reformados y reformadas y estamos reformando, viviendo según las necesidades de la iglesia del siglo XXI. Hace 150 años, nuestros antecesores dieron pasos audaces que los llevaron más allá de sus zonas de confort para crear algo nuevo. Nosotros y nosotras también nos encontramos en un mundo que requiere que demos pasos audaces para ser el contrarrelato en un momento en que la injusticia se normaliza y se acepta.

La misión sigue siendo disruptiva y transformadora, una esperanza y un futuro que instan a la iglesia a abordar las crecientes necesidades del mundo que nos rodea. La misión es la iglesia que se une a la acción de Dios en el mundo (*Missio Dei*). A través de nuestro compromiso con la misión, vivimos el llamado a ser discípulos y discípulas de Jesucristo, llevando comida a los hambrientos y agua a los sedientos, libertad a los cautivos, liberación a los oprimidos, vendando las heridas de los abatidos, dando las buenas nuevas a los pobres a través de la iglesia.

El llamado a ser comunión es uno que requiere valor. Valor para actuar sobre lo que hemos escuchado y observado, para atender la necesidad de descolonizar nuestro gobierno y nuestra estructura para garantizar la inclusión de todas las voces.

Oramos por el valor para recibir con cuidado los dones de quienes están entre nosotros y nosotras. La iglesia debe ser un lugar donde el amor prospere. El amor de Dios, que nos ha sido revelado a través de Jesucristo y que recibimos a través del Espíritu Santo, es un amor sin límites que se extiende a todos y todas.

Mirar a Jesús significa crear una visión centrada en seguir a Jesús, sus enseñanzas, sus obras, su vida en oración y comunión. Jesús se tomaba tiempo para apartarse y orar. Se tomaba

tiempo para cuidar de sí mismo espiritualmente y nosotros y nosotras también deberíamos hacerlo. El salmista escribió: “Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios”. (Salmo 46:10) Nuestras acciones deben ir acompañadas de la presencia de Dios, a través de la lectura de las Escrituras y la oración. Oramos por el valor de ser discípulos y discípulas fieles de Cristo a través de la revelación continua de la Palabra de Dios.

Desde la quietud y la cercanía a Dios, proyectaremos una visión para la iglesia en este tiempo. Una visión de un futuro en el que todas las personas estén alimentadas y sean libres, un futuro en el que la iglesia sea relevante y trabaje para dismantelar el sufrimiento normalizado creado por el poder del Imperio.

El poder de esta Comunión, centrada en el amor de Dios, es el poder de cambiar el mundo. Que Dios nos conceda el valor más allá de las lágrimas de ayer y de hoy.
Aprobado por consenso.